

Las Ilusiones

Por Gustavo Robreño



EN Guanabacoa ha sido derribado el teatro "Las Ilusiones", histórico y risueño lugar que alegró generaciones de cubanos durante medio siglo y ofreció amplia tribuna a los prohombres de la política colonial, para que en ella explicasen cívicamente a la juventud, el valor exacto de las palabras Patria y Libertad.

En aquel escenario vibró la voz de nuestros oradores más excelsos, sin excluir al Divino Maestro: el apostólico Martí.

Desde aquel proscenio partieron notas y versos, emitidos por artistas de valer, los más notables del mundo, que al visitar nuestra urbe, jamás dejaban de actuar en la villa heroica, sabedores de que allí les aguardaba un público selecto, inteligente y rico.

El teatro "Las Ilusiones" evoca, además, el recuerdo amable de la Tutelar de Guanabacoa, fiesta tradicional y criollísima, a la que la muchachería habanera presta anualmente alegre concurso y cuyo punto objetivo fué, durante más de cincuenta años, el gran baile popular en el viejo coliseo.

Tiene, por último, el demolido teatro, el privilegio envidiable de traer a nuestra mente la más grata sensación patriótica experimentada por los cubanos que en la Habana asistimos al cambio de soberanía.

Era en diciembre del año 1898; terminada felizmente nuestra guerra de independencia, los ejércitos beligerantes que, en realidad, no se odiaban, convinieron, prudentemente, en no ostentar armamentos, ni hacer grandes concentraciones militares en la Habana, con objeto de evitar algún choque, que el placer de la victoria o el dolor de la derrota, pudiera producir en los espíritus exaltados.

Nada hacía sospechar que esto sucediese, pues desde la concertación del armisticio, se había visto confraternizar en todas partes, a los enemigos de la víspera; pero fué aquella una medida previsora que todos encontramos bien.

En gracia a la cordialidad, la población habanera tuvo, pues, que renunciar a la contemplación de las tropas cubanas.

Los libertadores entraban en la Habana, pero separados y vestidos de paisanos, sin armas ni atributo guerrero alguno que evidenciase la sublime victoria a tanta costa obtenida.

Y no era esto, ciertamente, lo que deseaban las familias cubanas, después de cuatro años de angustias y sobresaltos, reconcentración y exterminio.

Querían ver a los soldados de la Libertad marchando a tambor batiente y con las banderas desplegadas; convencerse de que no eran falsas las noticias bienhechoras y gozosas que habían anunciado el feliz término de la contienda, pero... era necesario esperar; la patria libre exigía, como último sacrificio, este pequeño retraso en la delectación suprema del triunfo.



Por fortuna, la mortificante prohibición no se hacía extensiva a las poblaciones limítrofes de la capital, en la que forzosamente, debía permanecer el elemento oficial exdominador, hasta el día próximo de la evacuación, y así era posible a los ansiosos habaneros, trasladarse a Guanabacoa, en donde habían hecho su entrada triunfal, con toda la pompa y solemnidad con que lo hiciera César en Roma, a su regreso de las Galias, las gloriosas y bien equipadas tropas del general Rafael de Cárdenas, en las que figuraba el famoso regimiento "Habana" que tantas proezas supo

realizar, bajo el mando genial y prodigioso de aquel sublime adolescente, bravo hasta la temeridad y cubano sin tacha, que se llamó Néstor Aranguren.

Y allá fuimos todos, a la villa heroica, a Cuba Libre, a Guanabacoa la bella, verdaderamente bella, entonces, más que ninguna otra ciudad del Mundo, o así, al menos se nos presentaba a nosotros, a los que nos habíamos criado en el amor sacrosanto de la Patria, acariciando el ideal bendito de la emancipación y venerando el recuerdo de los mártires caídos a lo largo de la epopeya redentora. La villa de las lomas, con sus vetustas casas patriarcales, sus calles irregulares y enfangadas, sus edificios ruinosos y la mugre consiguiente a la odiosa reconcentración, antojábasenos, sin embargo, una ciudad riente, limpia, confortable y bien delineada, pero cuya edificación correcta no podía apreciarse por los miles de banderas que la cubrían.

En efecto: era aquello una sinfonía tricolor, plácida y continuada, gratamente interminable; y las estrellas blancas que por doquier lucían en campo rojo, podían competir ventajosamente, en número, con las del propio firmamento.

¡Y qué alegría en los semblantes! ¡Qué inefable sensación de dicha nunca sentida! ¡Ni un relámpago de odio! Ni un sólo recuerdo amargo, a pesar de los vejámenes sufridos y del comportamiento execrable de algún militar sanguinario. Sólo se escuchaban vivas a Cuba, que contestaban miles de voces, para callar de pronto y dejar oír los vibrantes sonos del himno bayamés, los marciales acordes de la Marcha Invasora o bien las sandungueras guarachas, rumbas, boleros y puntos guajiros que la masa popular improvisó, rebosante de amor patrio, en loor de Cuba, redimida y feliz.

Y allá, en la noche, cuando el cielo, hasta entonces tímida-mente azul, como para destacar más las franjas cobálticas de nuestra bandera, vistió sus mejores galas y en la negrura endrinante de su bóveda prendió el ascua infinita de las estrellas, los corazones cubanos se ensancharon con tal violencia, que amenazaban estallar de ventura, en medio de una orgía de luz.

(Continúa en la pág. 48)

21

El punto culminante de la fiesta era el gran baile público que se celebraba en el teatro y he aquí la triste remembranza que en mí evoca la demolición de tal edificio.

Recuerdo que aquella noche, al llegar al baile, en confuso tropel, envuelto en una ola humana, ebrio de gozo y de todo, ví sobre el pórtico, un tablero gris que, en gruesos caracteres, decía: "Las Ilusiones".

Y entré; o mejor dicho: fui lanzado dentro del teatro por un movimiento brusco de la muchedumbre.

Allí en el amplio salón, el entusiasmo llegaba al paroxismo: las orquestas de Valenzuela y Félix Cruz daban al viento las más agudas notas de sus cornetines, en floreos rítmicos, vibrantes y salvajemente enardecedores; por los rincones se veían grupos de libertadores que cantaban y llevaban el compás del danzón, repicando con una cucharilla en sus machetes desnudos. Apenas se bailaba; se reía, se bebía, se cantaba; los hombres se abrazaban con efusión, las mujeres, olvidando todo recato, besaban con patriótica impudicia a los soldados de la Libertad, que lucían gallardos y atrayentes, con sus trajes crudos de campaña, sus corrajes terciados, sus polainas relucientes, los machetes que algunas jóvenes se empeñaban en adornar con cintas, los amplios sombreros de jipijapa con cinco abolladuras "a la mambisa" y coquetonamente colocada, la escarapela tricolor, ya redonda o en forma triangular.

Algunas soldados, a quienes daban el nombre de "impedimenta" llevaban, orgullosamente, colgados sus *jolongos* y cacharros de lata, moviéndolos mucho al caminar, para que alborotaran bastante y sumar su alegre ruido al sonar de las espuelas, los taponazos de champagne, el isócrono acompañamiento de las *claves* o *palitos*, los lamentos de la guitarra, el repiqueteo bullicioso de los timbales, el chocar incesante de las copas y el estallido de las carcajadas estrepitosas, producidas por cien bocas de mujeres cubanas que, encintadas de azul y suelta la cabellera, saturaban el ambiente de alegría reidora.

Era la apoteosis del ruido dulcificado por el ideal.

Tal el himno de victoria que repercutió aquella noche en los ángulos del Teatro "Las Ilusiones".

¡Las ilusiones! sí, pero ilusiones que se tornaban realidades y quedaban allí, remedando las bambalinas del vetusto escenario y prendidas, como festones de gloria, o guirnalda de flores, arrancadas al ramo que anhelase Martí para su tumba.

Y en aquella decoración fantástica ¡cuántas promesas de paz y venturanza, de nuevas leyes, de honradez, patriotismo y constancia, capaces de perpetuar la Santa Independencia, ideal de nuestros mayores y vehemente anhelo de toda nuestra vida!

De aquella dicha inefable que como un éxtasis, gocé al lado de seres queridísimos que ya no existen, guardo un recuerdo que pugna por esfumarse y retengo a viva fuerza.

Y al ver ahora cómo ha caído, por un grosero golpe de piqueta, el teatro "Las Ilusiones", arca santa de las mías, en aquella noche de ensueño, de juventud, de halagadoras promesas y de fe en el porvenir, me pregunto decepcionado:

¿Serán éstas las únicas ilusiones que se derriben?
¡Ojalá!

Socials, Julio 1922

